



PORT.
BOOTECNIA.
AGRICULTURA.
HISTORIA NATURAL.

CAZA.
PESCA.
HIGIENE.
EQUITACION.

LITERATURA.
ECONOMÍA DOMÉSTICA.
REVISTAS DE SALONES.
REVISTAS DE ESPECTÁCULOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:—En España y Ultramar, 3 pesetas trimestre.—Extranjero 8 pesetas semestre.—A los suscriptores de fuera de Barcelona se les admitirá en pago sellos de correo ó libranzas del giro mútuo.—*Dejarán de servirse las suscripciones cuyo importe no se satisfaga por adelantado.*—Para las suscripciones y anuncios, dirigirse á la Administracion, **calle de Mendizábal, núm. 20, piso 2.º, Barcelona**—Horas de oficina, todos los dias laborables de 1 á 3.—Representante en Madrid: D. Ramon Pol, calle de Silva, 41, 1.º—Recibe de 9 á 11.

HIGIENE.

AGUAS POTABLES.

I.

El agua que despues de la luz y del aire, es el agente principal de la vida de los séres organizados, influye de un modo positivo y real sobre la economía humana; puesto que formando este elemento una gran parte de nuestro organismo, estamos obligados á ingerir grandes cantidades para reparar las pérdidas que de la misma, constantemente experimentamos.

No obstante de haber sido la naturaleza muy pródiga, en ofrecernos este elemento de vida; sin embargo, no todas las aguas son apropósito para satisfacer al acto de la nutrición, no todas son homogéneas, ni presentan identidad de composición en los elementos que las constituyen; y se ha hecho preciso que la higiene estudiara la naturaleza de esos elementos, y distinguiera cuáles son los útiles á las necesidades de la vida, y cuáles pueden causar á la misma trastornos ó desarreglos.

Para ello se ha acudido al análisis químico y á la observación fisiológica; y estas dos ciencias, han podido con sus luces dar una pauta, y una guía á fin de que el hombre supiera á cuáles aguas debe dar preferencia para la bebida, así como para que las autoridades encargadas de proveer á las poblaciones de este elemento indispensable á la salubridad y mantenimiento de las mismas, sepan á qué atender respecto á las condiciones que debe reunir toda agua destinada á este utilísimo fin.

Las aguas que llenan todas las condiciones apetecibles, para aplicarlas á la bebida y á la coccion y preparacion de los alimentos, se las denomina con el nombre de *potables*; á las demás: se las llama *duras*, *crudas* ó *pesadas*, las que pueden emplearse para otros usos económicos, como el riego y la limpieza; ó *minerales*, cuando contienen gran cantidad de principios ya gaseosos, ya de otra naturaleza, las cuales se

usan como á medicamentos para combatir determinadas afecciones.

La influencia que en el desarrollo de ciertas enfermedades tienen las aguas potables, y las perturbaciones que en el aparato digestivo pueden ocasionar, si no se procura que sean irreprochables bajo el punto de vista higiénico;—la desidia en que muchos pueblos tienen este importante ramo de la policía sanitaria;—y lo poco popularizado que se halla el estudio de las condiciones que deben ofrecer las que el hombre emplea para la bebida, por necesitarse conocimientos químicos y hábitos de análisis que no están al alcance de todo el mundo; nos mueve á dar á conocer á los habituales lectores de esta REVISTA, y al público en general, una ligera reseña de los caracteres esenciales que debe reunir toda agua para ser considerada como saludable y apta para las necesidades alimenticias. Con ella, resumen de los estudios y observaciones de las mas eminentes hidrólogos é higienistas, se tendrá una pauta para comparar la bondad de una agua con otra; y en vista de las análisis que están obligadas las autoridades municipales y empresas á publicar, de las aguas que surten al vecindario, juzgar si estas son ó no aceptables, y si este servicio se presta ó no del modo como la higiene prescribe y exige.

II.

Los hidrólogos, fisiólogos é higienistas convienen que para ser potable una agua debe ser cristalina, incolora, inodora, de un ligero sabor, que contenga una pequeña cantidad de sustancia sólida, ninguna ó la menor posible de materia orgánica, que retenga suficiente aire en disolucion, y que su temperatura, así como su composición sea constante en todas las épocas del año, variando solo entre pequeños límites.

Si el agua es cristalina ó límpida, ya es un indicio que no lleva sustancias térreas ni orgánicas en suspension que puedan alterar nuestro organismo, así como que no arrastra sustancias de los terrenos que ha atravesado, ni ha sido alterada por infiltraciones. El ser trasparente una agua, aunque sea un carácter esencial de las potables, no basta por

si solo para reconocer su buena calidad, porque el agua destilada, el agua de hielo, la de los pozos, y las que atraviesan ciertos terrenos, á pesar de ser transparentes, no pueden ser consideradas como alimenticias.

El agua hemos dicho debe ser incolora, puesto que así lo es en pequeña cantidad, pero en grandes masas es azulada verdosa; mas si presenta un color amarillo verdoso, es señal de contener sustancias orgánicas en descomposicion.

El mas ligero olor debe hacernos rechazar tambien una agua. Cuando las aguas permanecen cerradas durante mucho tiempo dentro de un vaso, ó están detenidas, adquieren la mayor parte un olor particular, debido á la descomposicion de las sustancias orgánicas, que imposibilita el hacer uso de ellas.

Una agua potable, no debe tener un sabor pronunciado; pues si lo tuviere salino, indicaria exceso de sustancias sólidas; si ácido ó alcalino, el de ciertos gases mineralizadores; si un gusto desagradable, la existencia de sustancias orgánicas en putrefaccion; si fuere sosa, la falta de oxígeno, de ácido carbónico ó de sales proporcionales á la digestibilidad de este líquido; y por último un sabor dulzaino, es indicio de abundancia de sulfato de cal.

Algunos autores creen que una agua es tanto mas potable, cuanto mas se aproxima al estado de pureza, debiendo contener únicamente aire y ácido carbónico en disolucion; pero otros, en mayoría, sostienen que ciertas materias en pequeña proporcion, son necesarias no solo á la sapidez, sino á la buena calidad de las mismas. Por las observaciones fisiológicas practicadas, y tomando un promedio de todas las aguas de Europa reputadas como buenas y potables, se ha convenido en admitir como á tales, las que dejan un residuo salino que no baja de 10 centigramos y no exceda de 50 centigramos por litro.

Si analizamos este residuo, nos indicará que las sales que comunmente están en disolucion en las aguas son sales calcáreas y magnesianas en estado de sulfato y de bicarbonato, cloruros alcalinos y ligerísimas proporciones de sílice y de alúmina.

Quando una agua contiene exceso de sales calcáreas en disolucion, se la considera impropia para los usos ordinarios de la vida. Sin embargo, no todas las sales cálizas, son nocivas y peligrosas. El carbonato de cal, en pequeña cantidad disuelto á beneficio del ácido carbónico, puede ser útil en ciertas condiciones de la digestion, saturando un exceso de ácido del jugo gástrico. El ácido carbónico en exceso, lo mismo que el que se desprende puede favorecer la digestion estomacal, y el bicarbonato de cal en este concepto presta un servicio análogo, al que se obtiene por el bicarbonato de sosa de las aguas alcalinas; además, una pequeña cantidad de cal puede concurrir á la nutricion, proporcionando un alimento indispensable á los huesos.—Muy distinto es el papel que ejerce disuelto en las aguas el sulfato de cal, este no tiene como el bicarbonato la propiedad de desprender un gas favorable á la digestibilidad, y no puede proporcionar tampoco un elemento básico por su descomposicion, á un exceso de acidez gástrica; además el agua puede disolver una gran cantidad de sulfato de cal, y dará este á la misma un sabor dulce muy desagradable; y por último, como todos los sulfatos es susceptible de descomponerse bajo la influencia de una materia orgánica, produciendo gas sulfido-hídrico, que hace perniciosas las aguas que por falta de corriente fácil, deben permanecer mas ó menos tiempo detenidas. Si se añaden á estas consideraciones, que el sulfato de cal ejerce una accion descomponente sobre los jabones, y atendemos á sus propiedades inconstantes, se podrá deducir que la presencia del sulfato de cal en cantidad notable perjudica á la bondad de las aguas, que no deben contener nunca mas de 0'15 por litro.—El cloruro de calcio y el nitrato de cal, tambien son perjudiciales al agua, sobre todo el nitrato que se le atribuyen iguales circunstancias que al sulfato.

Las sales magnesianas solubles, tambien se las considera como elementos nocivos y hay autores que aseguran que un exceso de ellas en las aguas destinadas á la bebida ordinaria, predisponen á las afecciones cancerosas, al escrofulismo y á las hipertrofias; además las aguas magnésicas, como las selenitosas agrupan el jabon, y endurecen las legumbres cociéndolas imperfectamente.

Los cloruros alcalinos, en especial el de sodio, que se encuentran en pequeña cantidad en muchas aguas potables, ejercen una accion mas útil que nociva, y con las otras sustancias contribuyen á la sapidez del agua. No obstante los cloruros, así como los bromuros y los ioduros que acostumbran á acompañar á los primeros, si existieran en gran dosis serian perjudiciales, por ser demasiada activa la accion que sobre el organismo ejercen estas sustancias.

Las aguas no pueden contener nitratos, sino en cantidad muy mínima; pues las aguas alimenticias irreprochables por su buena calidad no las contienen. Así una notable proporción seria indicio que hay infiltraciones externas, por estar comprobado que los nitratos son el producto invariable de una oxidacion lenta de materias orgánicas nitrogenadas y que no está en relacion con las que por una causa accidental pueden haberse introducido en las aguas.

Las sales en estado de sulfatos tampoco son indiferentes cuando existen en exceso, aun tratándose de los sulfatos de sosa, potasa y de magnesia, cuyas virtudes purgantes son bien conocidas; y porque como el de cal son susceptibles de descomponerse bajo la influencia de sustancias orgánicas.

Además de las sales de magnesia y de cal, en estado de carbonatos y de sulfatos, y de los cloruros alcalinos que son las que generalmente dominan en las aguas potables, hay en ellas á veces otros principios mineralizadores, en cantidades insignificantes, debidos á circunstancias accidentales ó á la naturaleza de los terrenos que atraviesan.

Pocas son las aguas que no contengan una pequeñísima cantidad de sustancia orgánica. Si esta es en pequeña proporción, puede tolerarse; pero si es en proporción elevada, ha experimentado un principio de fermentacion, el agua puede considerarse como insalubre; pudiéndose asegurar que cantidades inapreciables de sustancias orgánicas en putrefaccion y de los productos gaseosos procedentes de su descomposicion, hacen las aguas sumamente peligrosas. Y en ello influye mucho la temperatura atmosférica; pues mientras se conserva entre 15° á 20°C. las materias vegetales y animales contenidas en las aguas, no experimentan alteracion alguna, y presentan las aguas los caracteres de las de buena calidad; pero desde el momento que la temperatura se eleva de 20° á 25°C. y el agua permanece quieta ó detenida en depósitos, la putrefaccion desarrolla principios gaseosos, que penetrado en la economía dan origen á perturbaciones del tubo digestivo. El uso continuado de aguas infeccionadas por materias orgánicas sujetas á la putrefaccion ó á organizarse, como son las aguas encharcadas y pantanosas ó de otros orígenes, por los cuales han recibido la influencia de sustancias putridas ó procedentes de deposiciones del hombre ó de animales; no solo han producido degeneraciones escrofulosas y gangrenosas, diarreas y otras enfermedades agudas ó crónicas, sino que han generalizado y extendido las de carácter endémico.

Tambien es una condicion de las aguas potables, el que sean aireadas, como se dice en lenguaje ordinario para designar el que retengan en disolucion una cantidad apropiada de los principios gaseosos que constituyen la atmósfera, la cual sabemos, que además del oxígeno y del nitrógeno, contiene una regular cantidad de ácido carbónico. El aire disuelto en las aguas, no solo las hace mas ligeras y agradables, sino que favorece la digestion; y el ácido carbónico tambien constituye á su sapidez y ejerce una accion útil á las vias digestivas. El gusto ingrato que tiene el agua hervida, se debe á que durante la ebullicion ha perdido los principios gaseosos que contenia disueltos en la misma. Las

aguas filtradas y la destilada del mar serian incompatibles para la bebida, si antes de destinarlas á este uso no se las aireara.

La temperatura en las aguas, es otro carácter esencialísimo, ya señalado por Hipócrates, el padre de la medicina, cuando dijo: el agua debe ser caliente en invierno y fria en verano. En verano, si el agua es fresca, además de ser agradable al paladar, apaga rápidamente la sed, procura una excitacion saludable y favorece la digestion. En invierno el agua ofrece graves inconvenientes si su temperatura es á 0° ó algunos mas sobre este límite; la membrana mucosa de las vias aéreas está dispuesta á inflamarse, y el agua fria puede dar lugar á congestiones del aparato pulmonar. Tambien en el verano la ingestion del agua muy fria puede ocasionar durante los fuertes calores graves accidentes estando el cuerpo caliente, sea por el calor atmosférico ó por un ejercicio violento; pues entonces el agua á una baja temperatura produce un enfriamiento en la piel, la supresion de la transpiracion, y diversas afecciones de pecho y del tubo digestivo. El agua, que durante los calores tiene una temperatura igual á la de la atmósfera, es sosa y desagradable, y turba las funciones digestivas; y su uso continuado hace las digestiones lentas y penosas, pudiendo ocasionar en los países cálidos diarreas, disenterías y obstruccion de las vísceras abdominales.

Si es una condicion importante de una agua alimenticia, el que su temperatura sea constante, para que al ingerirla en el cuerpo, la encontremos fresca á pesar del aumento de la atmósfera; y aunque baje ésta nuestro organismo la halla caliente; tambien es indispensable que la composicion química sea constante. Puesto que una agua que ofreciera diversidad periódica en los elementos que la constituyen, nos reve'aria que ha sufrido alteraciones debidas á influencias de temperatura, de sustancias orgánicas, ó de la naturaleza de los terrenos que atraviesan antes de surgir á la superficie de la tierra; así como que las corren en descubierto han sufrido alguna alteracion por causas accidentales ó por los elementos atmosféricos.

Dada una idea de las condiciones y de los caracteres que deben reunir las aguas para ser consideradas útiles á las funciones normales de nuestro organismo, en otro artículo pasaremos á revistar hasta qué punto reúnen las cualidades apetecibles, y están conformes sus caracteres al criterio fundado por las ciencias química y biológica, aquellas aguas que tan pródigamente la naturaleza nos brinda para satisfacer las exigencias que la misma naturaleza ha impuesto al hombre.

Pero antes de terminar el presente, no queremos privar á nuestros lectores de darles un cuadro, que les sirva de dato importantísimo, para poder calificar la buena ó mala calidad de una agua potable, en vista del análisis que de ella se haya practicado.

Y al efecto debe tenerse presente que: podrá emplearse como bebida una agua, siempre que se halle dentro las siguientes condiciones, segun resulta de un gran número de experimentos.

Temperatura constante.	de 8° á 18° C.
Residuo salino.	de 0'10 á 0'50 por litro.
Cal con magnesia.	0'18 »
Acido nítrico.	0'000 á 0'004 »
Cloro.	0'002 á 0'008 »
Acido sulfúrico.	0'002 á 0'060 »
Materia orgánica.	0'01 á 0'05 »
Aire (con 8 á 10 % de ácido carbónico).	35 á 50 cént. cúb.

DR. CODINA LÄNGLIN.

EL INVIERNO.

[Véase el grabado de la página 5.]

Huyó la gentil y leve Primavera, tan bella como risueña, y en pos de ella el ardiente y enamorado Estío, y con ellos las flores y las perlas de la una, y las prodigalidades de luz y de armonías que desparrama el otro.

En seguimiento de ambos, hijadeante, torvo el ceño, corre el Otoño, perdida la energía, entorpecido el paso por la mano del Tiempo que sobre él se cierne.

Y perseguido de las mustiadoras escarchas, empujado por el anestesiante Bóreas llega el pavoroso Invierno, con toda su secuela de fríos, de brumas y de noches.

A la primera pisada de éste, yerta la Tierra y aterida, cierra en su pasmo las inagotables fuentes de su seno y enmudece la Naturaleza, y el cielo trueca su cerúleo manto por una aplomada y triste sobrevesta.

La desolacion y el dolor cubren con sudario de hielo el cadáver de la vegetacion ántes espléndida de frutos y de perfumes, y es erial desierto lo que fué campo de movientes esmeraldas.

La mar, en cuyas ondas se reflejaban los besos de vivificante ardor que del Sol amante recibia, cuando con susurrante arrullo le acogia, en su tálamo de mullidas espumas, cada tarde, apenas si logra hoy una mirada de soslayo del ingrato cuya indiferencia glacial la petrifica, y pasa él más cerca de ella como si se gozara atormentándola con el recuerdo cruel de las pasadas horas de amor y de placeres.

¿Y todo ha de ser así en el mundo? ¿Todo?

¿Por qué tan eterna y desenfrenada carrera, y tan interminable sucesion de estadios en la vida del Universo? ¿Por qué tan perpétua lucha, tanta mutacion continua, tanto vertiginoso movimiento? ¿Por qué tanto equilibrio y tanta constancia mezclados en ello siempre?

¿Acaso Dios, al editar la Biblia de la Creacion, quiso hacer constar en la variedad del contenido de cada página, la infinita, la inmensa pequeñez del hombre, su lector, y abrumarle ante la sublimidad de sus letras indelebles, para no dejarle penetrar más que un trasunto de la sapientísima unidad de la obra y hacerle admirar eternamente la suma inteligencia del autor.

¡*Felix qui potuit rerum cognoscere causas.* «Dichoso quien puede conocer las causas de las cosas!» decia ya el elegantísimo Virgilio. ¡Félicz quien escrutáre el insondable misterio del sér y del no ser!

Pero sin que lleguemos jamás á darnos cumplida cuenta de ello, veremos siempre, siempre, encantadora la Primavera, placentero el Verano, meditabundo el Otoño, triste el Invierno.

Y mientras éste reine, los árboles, con desnudas ramas dirigidas hácia el Zenit, indicarán al pensador cristiano la meta de sus aspiraciones.

Y la nieve guardará malévolamente la huella de los tímidos habitantes de la selva que el cazador persigue, como la hipócrita traicion esconde el dedo señalando mudo á la inocente víctima.

Y las mansas golondrinas emigrando á luengas regiones recordarán las irisadas ilusiones alejadas del corazon humano por el helado desengaño.

Y el ardor atractivo de la lumbre templando la crudeza de la aletargadora estacion, será el símbolo de la amistad siempre solícita en mitigar con la llama de la abnegacion la dura suerte que al amigo querido aflige.

Y cuando al remontarse otra vez el astro del dia en su carrera, aparecerá el Heleboro abriendo sus sepalinas flores, la dulce y suavísima esperanza ornará con bienhechora corola el decaído espíritu de aquellos á quienes el llanto abate y la angustia anonada.

Mas cuando despues de miriadas de siglos nuestro Globo

habrá visto barrer de su periferie las primaveras y los veranos, y los otoños, y el hombre habrá desaparecido de su superficie y los organismos serán reducidos á cenizas y polvo serán los más soberbios peñascos, y el aire, y el agua, y el fuego borrados del número de los elementos de la tierra, el Invierno permanecerá solo incólume en medio de tanto cataclismo, él será el único señor de nuestro planeta á quien subyugará con los fríos con que le irá envolviendo. Y al chocar mundo contra mundo, al desquiciarse y desplomarse el Universo en el abismo de la nada, él sólo les acompañará en su caída eterna, rodando contra el vacío y amparándole con su mirada sin pupila. Entonces con voz sorda, sin atmósfera que le dé eco, ni oídos que le escuchen, gritará en su satánica alegría:

Soy el heraldo de la destrucción, soy el ángel de la celesté cólera, soy la antítesis de la Creación, el albacea de la Muerte. YO EL HELADO INVIERNO!!!

JUAN MONTSERRAT Y ARCHS.

EL GINETE SIN CABEZA.

Tercera parte de MAURICIO EL CAZADOR.

Extracto de la obra de Mayne-Reid.

(Continuación.)

XII.

El semblante de Zeb expresó menos sorpresa que satisfacción al descifrar la escritura del papel.

«Es el sobre de una carta, murmuró. La letra es de mujer, pero esto no importa; de todos modos á él se la han dirigido, y la carta ha estado en su poder. Hé aquí un dato que se debe tener en cuenta.»

Así diciendo, sacó una pequeña bolsa de piel, y después de introducir en ella el pedazo de papel, guardóla de nuevo en su vasto bolsillo.

«Bien, murmuró. Ahora paréceme lo mejor tomar el otro rastro, á fin de averiguar, si es posible, á dónde llevó el caballo de la herradura rota á su jinete, de vuelta de su breve correría. Con que ¡vamos, Zebulon Stump! veamos qué mañate das para seguir las huellas de las botas.»

Terminado este grotesco soliloquio, Zeb comenzó á seguir de nuevo las huellas que le guiaron á la entrada del claro.

Al poco rato observó que los dos rastros de ida y vuelta no se continuaban por el mismo terreno: veíase en el espacio abierta una bifurcación, y por ella debió marcharse el supuesto asesino. Después se unían de nuevo los dos rastros; mas no hasta que aquel que entonces seguía Zeb Stump iba á desembocar en una especie de cañada de considerable extensión. Sin fijarse ya el cazador en las huellas del hombre, después de practicar un breve exámen, observó otras bien marcadas, pero de distinto género: era el rastro profusamente visible de un animal, que entraba por un lado del espacio descubierto y salía por el otro.

«Si creyese tener tiempo, murmuró, seguiría adelante; pero no hay seguridad ninguna y será mejor seguir la pista del caballo de la herradura rota.»

El cazador había dado ya una vuelta para alejarse del sitio, cuando le detuvo una nueva idea.

«Después de todo, murmuró, eso se puede hacer fácilmente á cualquier hora. Siguiendo las huellas, deduzco con tanta seguridad como si hubiese cabalgado con el bribon que las dejó, que iría á parar á la Casa de la Curva.

»Y no obstante, lástima es soltar este cabo ahora que estoy en el sitio. ¡Vaya! quiero avanzar un poco por esa pista; ya me esperará aquí la yegua hasta que vuelva.»

Y resuelto á practicar su investigación, siguió buscando las huellas del caballo de Enrique Poindexter. Tenía empeño en no perder esta pista, y gracias á su práctica pudo observar que á unos tres cuartos de milla del lindero de la arbole-

da, había aquel hecho alto, ó mas bien, se apartó de la línea que seguía, tal vez por haber visto algun lobo ú otra fiera, cuyo encuentro le conviniese evitar.

Mas allá continuó su carrera tan rápidamente como antes. Zeb Stump se paró en el mismo sitio.

Era un espacio estéril, sin césped y cubierto de arena: prestábele su sombra un árbol corpulento, una de cuyas ramas extendida horizontalmente se prolongaba en sentido transversal sobre el sendero por donde hubo de pasar el caballo, hallándose tan baja, que para no tropezar con ella, el jinete tendría que bajar la cabeza.

Zeb Stump observó una depresión en la corteza de esta rama, que, aunque muy leve, debía haber sido producida por el contacto con un cuerpo duro.

«Esto lo ha hecho el cráneo de algun sér humano, murmuró Zeb, y seguramente un jinete. Ningun hombre podía recibir un golpe semejante sin ser arrojado de la silla.»

»¡Hurra! exclamó con acento de triunfo, después de examinar el suelo al pié del árbol; ¡bien me lo figuré! Aquí está la impresión del jinete que cayó; y ahí la señal de su cuerpo cuando se arrastraba. Ahora me explico ya aquel gran chichon que me confundía. ¡Esta, esta rama fué la que ocasionó el mal!»

Zeb, acababa de añadir otro cabo al hilo roto; uno mas y cogería todo el ovillo.

XIII.

Profiriendo una imprecación, Casio Calhoun se alejó de la pradera gredosa, donde había perdido las huellas del jinete sin cabeza.

«Es inútil seguir mas lejos, murmuró. No hay probabilidad de darle alcance, y mucho menos de tomarle la delantera; no es posible con una mula tan pesada como esta.

»¡Si yo pudiera encontrar un caballo bastante ligero para dar alcance al musteño! Pagaría generosamente el que me vendieran.»

Después de hacer estas reflexiones, Calhoun se encaminó hácia la Casa de la Curva, y en menos de una hora después dirigía su caballo por la espesura que rodeaba la plantación.

Al cruzar el lecho de un arroyo, seco ya por efecto de una prolongada sequía, sorprendióle mucho descubrir en el cieno blando las huellas de otro caballo. Una de estas indicaba que una de las herraduras estaba rota; y aunque fueron impresas lo menos ocho días ántes, parecían tan recientes como si lo hubieran sido el día anterior.

Calhoun, que experimentaba cierta sorpresa mezclada de supersticiosa inquietud, desmontó con ánimo de borrar la huella de la herradura rota; pero mejor hubiera sido para él no tomarse esta molestia, porque el tacon de su bota, hundiéndose en el barro, agregó una evidencia mas, que daría á conocer quién era el jinete que montaba el caballo. Muy de cerca seguía á Calhoun una persona capaz de descubrirlo al punto.

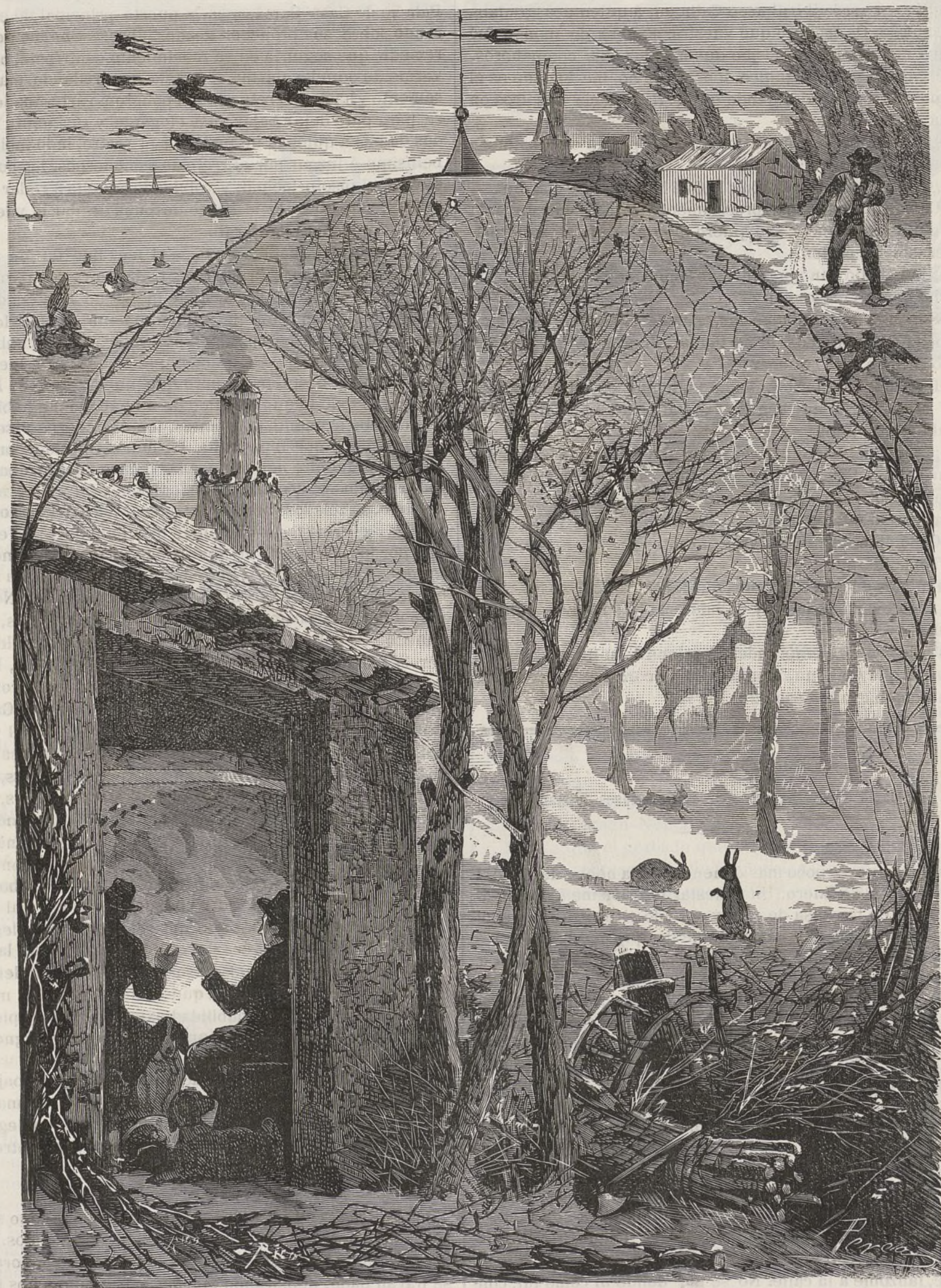
Montando de nuevo, el ex-capitan se alejó, entregado á sus reflexiones.

Cuando mas absorto iba en ellas, parecióle oír tras sí el rumor de las pisadas de un caballo, y á los pocos momentos divisó á la persona que lo montaba: era Isidora Covarrubio de los Llanos.

¡Singular coincidencia era el encuentro de aquellas dos personas! Tal vez fuese casual; pero quizás interviniese en ello el destino.

A la jóven mejicana no le inspiraba la menor simpatía el ex-capitan de voluntarios. De buena gana se hubiera limitado á un simple saludo; y tal vez él habría procedido lo mismo, á no ser porque en aquel instante le ocurrió una idea que ninguna relacion tenía con sus reflexiones.

—Dispensadme, señorita, dijo Calhoun deteniéndose en medio de la senda y descubriéndose cortésmente; ya com-



EL INVIERNO.

prendo que una falta de educacion puede interrumpir vuestro paseo; pero.....

—No necesitais escusaros, caballero; pues si no me engaño, ya nos hemos visto antes, creo que en la pradera inmediata al rio de las Nueces.

—¡Sí... es verdad! balbuceó Calhoun, á quien desagradaba el recuerdo. Os aseguro que vuestra manera de montar fué lo que me admiró, lo mismo que á todos mis compañeros. ¡Qué caballo tan magnífico teneis! Si no me engaño es el mismo que montabais cuando os dirigiais hácia nosotros en demanda de auxilio.

—¿El mismo? Sí... ahora lo recuerdo por la circunstancia que me descubrió.

—¿Que os descubrió? ¿Cómo? ¿Qué hizo vuestro caballo?

—Comenzó á relinchar precisamente cuando me convenia que guardara silencio. No quiero montarle otra vez; permanecerá en sus pastos.

—¡Un caballo tan magnífico permanecer ocioso! Yo daria mucho porque fuese mio.

—Supongo que os chanceais, caballero, porque este cuadrúpedo no tiene nada de particular. Si no fuera porque voy á Rio Grande, os lo ofrecería.

—Dispensad, señorita, añadió Calhoun con tono de gravedad; yo quedaria muy contento si quisierais cambiar vuestro caballo por el mio.

—¿Cómo, caballero! exclamó la mejicana con creciente asombro. ¡Cambiar vuestro magnífico caballo por mi musteño mejicano! Pero si hablais con formalidad, repuso, no tengo inconveniente en acceder á vuestro deseo.

—Os lo digo muy de veras, señorita.

—Tomadle, pues.

En menos de cinco minutos quedaron cambiados los caballos, conservando Isidora y Calhoun sus respectivas sillas y riendas.

La primera hizo emprender el galope á su nuevo caballo, mientras que Calhoun, montado en su corcel gris, continuó su marcha hácia la Casa de la Curva.

UN ASALTO

en el Palacio de los Excmos. Sres. Marqueses de Marianao.

Eran las nueve, poco mas ó menos, de la noche del 14 del corriente mes de Enero. Un malestar interior me atormentaba sin dar en la causa de ello, y agitado el espíritu, como el de quien presiente un acontecimiento que ha de afectarle hondamente, no sabia yo qué determinacion tomar para ir en busca de la ansiada calma, si arrellenarme mas en mi sillón, ó salir en busca de nuevos objetos y de nueva impresion, cuando, movido repentinamente por un secreto impulso, echo al fuego de la chimenea, que con suaves ardores calmaba el rigor de la glacial atmósfera, la triturada punta de un aromático Bock que con sus espirales de humo y la blancura de su ceniza habia estado tentándome largo rato, presentando á mi desasosegada mente un panorama no interrumpido de ilusiones bellas y de irresolubles planes, provocándome inquietos y desordenados deseos y sueños de ambicion y aureolas de inmarcescente gloria, y sin acordarme ya mas de nada de lo que me rodea, envuelto en el *confortable* abrigo de piel de nútria, que el amigo Priu me ha confeccionado con inusitado primor y destreza que solo él posee, lánzome á la calle. No sé por donde ni como fuí, con la velocidad del rayo, al Paseo de Gracia; pero, lo cierto es que á mi loca carrera en la que hasta entonces no habia hallado obstáculo que no superase, se interpone de repente el tronco espumeante y briosamente trotador que, guiado por potente y elevado auriga arrastra una brillantísima carretela en cuyo barniz se reflejaban con la triste cara del hambriento las tenebrosas luces del gas que ilumina la ciudad Condal.

Sobrecogido y obedeciendo al instinto de conservacion mas que al chasquido detonante del látigo que advertia del peligro que corriamos los pedestres paseantes, arrínome á una acera. Era precisamente la que hace frente al suntuoso edificio que todo hijo de Barcelona conoce por el nombre de Palacio de Casa Samá, mas la puerta principal de este, girando sobre sus bronceos goznes ábrese y no me deja mas remedio que seguirla en su movimiento centrípeto, para salvarme de aquella misma carretela que, rodando majestuosamente y haciendo retumbar el polícromo artesonado entra, se pára para dejar bajar unas elegante y ricamente ataviadas damas á quienes no pude ver el rostro, indudablemente bellísimo á juzgar por el resto de sus cuerpos, las cuales se dirigen al piso principal, y volviendo aquella á rodar con estrépito, sale otra vez al Paseo despues de dar la vuelta por la puerta cochera del jardin.

La curiosidad, confieso que es el mas fino de los aguijones, pero es la mas firme delas trabas, ora sea para hacer correr, ora para hacer parar al individuo á quien domine. A mí me dejó clavado inconscientemente en las losas de aquel sitio. A los pocos instantes otro carruaje tambien lujosísimo repetia igual operacion que el anterior y luego otro y otro y otro hasta un número que no determiné. Parecia como que todo lo que el humo de mi habano me habia mostrado diabólicamente poco antes, tomaba cuerpo y se vestia de la realidad más halagueña. Perfumes embriagadores desprendidos del aire agitado por las damas que llegaban. Ruidos confusos, acordes de melodiosos violines y grave violoncello, mezclados con los vibrantes latidos del piano herido por las expertas manos de algun discípulo de Listz escapaban por las aberturas de los salones y llegaban á nosotros los del vestíbulo, tenues pero hechiceros. Voces para mí desconocidas, palabras incoherentes herian mis oidos. Nombres respetabilísimos como los de Ciutadilla, de Torrents, de España, de Castellvell, Camps, Parrella, Abaria, Castillon, Magarola, Pastors, Marqués de Santa Isabel, Bruguera, Despujol, Durán, Castelladosrius, Montobbio, Miralda, Coromines, De Pedro, Casamitjana, Casaña, Fabra, Olivella, Castells, Sanllehy, Barnola, Nadal, Cabirol, Vilavechia, Vidal y Torrents, Vilaseca, Nicolau, Sanpedro, Parellada, Atienza, Moreno, Files, Batlles, Pallejá, Vilanova, Pons, Cebollinos, baron de Casa Fleise, Medinaceli, Zuzarte, Armet, Cabarrus, Miret, Ferrater, Rubio, Sagarra, Moly, Sarriera, Milans, Sinés, Borrás, Boforull, Saumar, Milá, Arnús, Chaves, Sentmanat, Ferrer, Bassols, Miquel, Durán, Massó y otros junto con los de nuestras primeras autoridades, corrian de boca en boca entre los como yo curiosos, cuyos índices designaban al mismo tiempo á los concurrentes que sucesivamente iban llegando, y subiendo, con la ligereza del que va á una fiesta, las gradas de aquellas alfombradas escaleras que lo son del trono de Reina de honor y cortesía que se ha labrado en nuestra ciudad por su finura y amabilidad exquisitas y su espléndido trato la Excmá. dueña de aquel palacio rico y digno de la hada que lo mandara construir.

Despues..... despues todo quedó desierto en los bajos del edificio. Era tarde y yo me retiraba de él llevando una como embriaguez de ansiedad y la inquietud del que no llega mas que á conocer de nombre la dicha que sabe gozan otros plenamente.

..

Al dia siguiente, en todas las visitas de buen tono se hablaba de un *Asalto* dado en el Palacio de los Excmos. Señores Marqueses de Marianao como de uno de los mejores que se hayan dado, deplorando muchas mas que muchos la desgracia de no haber podido encontrarse allí y ser distinguido en el número de los elegidos.

En el Ateneo Barcelonés, en los Salones del Círculo Ecuestre, en los cafés era el tema obligado de las conversaciones del dia aquel asalto.

Cerca de mí estaban saboreando el aristócrata infuso del café de Moka, unos elegantes y simpáticos jóvenes cuyo vestir y modales revelaban la distincion y el bien-nacer.